

La dependencia energética europea del mundo árabe

Bichara Khader*

La paradoja de las relaciones entre la Unión Europea y el mundo árabe es que, a pesar de que la dependencia energética europea con respecto a los países de Oriente Medio es un hecho ineludible desde la sustitución del carbón por el petróleo, la definición de una política exterior común ante los países productores y la apertura de un debate franco sobre esta cuestión entre árabes y europeos siguen haciéndose esperar. El precio del petróleo, que hoy es determinado en mayor medida por los mercados que por la OPEP, desempeña un papel fundamental en la economía mundial y en la competencia con otras fuentes de energía. La inestabilidad de los precios en las últimas décadas (35 dólares el barril en 1979, 10 en 1985, 30 en 1990, 10 en 1998 y 32 en 2003) es perjudicial tanto para los productores como para los consumidores. Unos precios demasiado elevados desincentivarían el consumo y fomentarían el desarrollo de alternativas. Precios demasiado bajos desembocarían con rapidez en callejones sin salida medioambientales. El control de la región más rica en petróleo del mundo es más que nunca una apuesta crucial.

La primera "crisis del petróleo", en 1973, puso de manifiesto las complementariedades de las dos orillas del Mediterráneo e hizo iniciarse el diálogo entre europeos y árabes. Sin embargo, el petróleo, que ocupa un lugar central en las preocupaciones de ambas partes, fue clasificado de inmediato en la categoría de los "temas tabú", de los "implícitos". Se piensa siempre en esta cuestión pero no se puede hablar de ella entre árabes y europeos; se hace mención al petróleo en los comunicados oficiales, pero el verdadero debate sobre las cuestiones energéticas siempre tiene lugar en otros ámbitos.

Desde el principio, la armonización de las políticas de estructuras, de abastecimiento y de precios ha chocado constantemente, en el terreno energético, con la ausencia de una voluntad europea común y con la complejidad de los mecanismos institucionales. El hecho de que el Tratado de Roma, firmado el 25 de marzo de 1957, no incluya disposiciones concretas sobre la energía está cargado de significación. Sólo

* Palestino, profesor en la Universidad Católica de Lovaina-la-Nueva, director del Centro de Estudios y de Investigación sobre el Mundo Árabe Contemporáneo (CERMAC).

el Tratado de París (18 de abril de 1951), que instauraba la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y el Tratado del Euratom (25 de marzo de 1957), que establecía la Comunidad Europea de la Energía Atómica (CEE), preveían medidas sectoriales destinadas a orientar las inversiones, mejorar la información entre Estados miembros, reforzar las medidas de seguridad y fomentar la investigación y el desarrollo en materia energética.

Del carbón al petróleo

Los responsables europeos cometieron en la década de los sesenta un error que llevaba aparejada la condena de la Europa energética. Siguiendo la línea de máxima pendiente y razonando a muy corto plazo, lo apostaron todo al petróleo en detrimento de las otras energías.

El carbón había alimentado su desarrollo económico desde hacía un siglo y medio. En vísperas de II Guerra Mundial, suministraba el 96% de la energía del Reino Unido, el 88% en Francia y el 90% en Bélgica. En 1945, el primer objetivo a alcanzar se impuso por sí solo: era vital recuperar rápidamente el nivel de producción anterior. Para ello eran necesarias cuantiosas inversiones, tanto para reparar los daños como para modernizar y racionalizar la explotación de las minas. Pero los yacimientos de carbón presentaban graves inconvenientes geológicos: su estructura —fallas, grosor de las vetas— suponía un considerable incremento de los precios de coste, en los que los gastos en concepto de mano de obra suponían aproximadamente un 60%. Por lo que se refiere a reservas —el 5% del total mundial—, eran insuficientes. A partir de 1955-1956, fue evidente que no se podía contar con el carbón en exclusiva para satisfacer la demanda energética adicional que exigía la búsqueda del crecimiento industrial. El lugar de la hulla en los balances energéticos parecía condenado irremediabilmente a retroceder.

Las dificultades de orden estructural que aquejaban a la industria carbonífera de Europa occidental se manifestaron a finales de 1957; en 1958 se declaró la crisis del carbón. Éste, que había servido de base a un acercamiento de los países europeos en 1952 (la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero), es menos estudiado en sus aspectos de producción energética secundaria que en su aspecto de materia prima siderúrgica. El estancamiento del carbón, atribuido durante un breve periodo a la mediocre coyuntura económica de 1957-1958, continuó en los años siguientes. A la inversa, desde la crisis de Suez, los mercados mundiales de petróleo se caracterizaron por la abundancia.

Esta evolución fue posible, en buena medida, por el cierre del mercado estadounidense al petróleo procedente de Oriente Medio en 1957, que tuvo como consecuencia dirigir hacia Europa occidental petróleo que se vendía a un precio muy bajo. Todo estaba dispuesto para una invasión petrolera, y el edificio del carbón comenzó a venirse abajo rápidamente. Las multinacionales del petróleo, en su gran mayoría estadounidenses, lograron un buen ejercicio de prestidigitación: la concentración (es decir, la dominación) de la producción de petróleo (en Oriente Medio) y la concentración (es decir, la dominación) de la comercialización (en Europa occidental).

Por otra parte, "la voluntad de la CECA de fijar los precios del carbón en el nivel de los pozos más rentables llevó a la entrada en escena del carbón estadounidense, que gozaba de unas condiciones de extracción a menudo mejores; la depreciación de los gastos de transporte contribuyó además a reducir su coste. Se daban todas las condiciones para organizar los cierres en Europa".

En 1960, los grandes países industriales de Europa occidental importaban ya cantidades apreciables de petróleo bruto o refinado: 33 millones de toneladas en el caso de Francia y 58 millones en el del Reino Unido. Era evidente que la demanda de carburantes para automoción o de materias primas químicas sólo se podía satisfacer de esta manera. También parecía innegable que las fuentes de energía autóctonas —carbón, gas natural, hidroelectricidad— resultaban insuficientes para cubrir por sí solas la totalidad de las nuevas necesidades (más del 5% anual), por lo que serían necesarias importaciones adicionales de hidrocarburos líquidos para subsanar el déficit. La autarquía energética había tocado a su fin.

Entre 1958 y 1968, la tasa de crecimiento anual de la demanda europea de energía fue del 5,5%, es decir, un punto más que la tasa de crecimiento económico medio (4,6%). De ello se deduce que, año tras año, las fronteras europeas se abrieron un poco más al petróleo de Oriente Medio y del norte de África, hasta el punto de que este petróleo, en lugar de ser admitido estrictamente para completar de forma temporal las producciones energéticas nacionales, las sustituyeron poco a poco. Al jugar a fondo la carta del petróleo, las economías europeas descubrieron que la contrapartida del petróleo barato era la extrema vulnerabilidad a la que los condenaba la desaparición de toda producción interna de energía.

En diez años, las importaciones de petróleo bruto de Europa aumentaron más del 200%, como indica el cuadro siguiente:¹

Cuadro 1
Importaciones de petróleo bruto
(en millones de toneladas)

País	1961	1972	Evolución en %
Reino Unido	45	109	+ 142
Francia	35	110	+ 214
Alemania	30	135	+ 350
Italia	34	102	+ 200
Bélgica	8	30	+ 275
Países Bajos	19	47	+ 147
Total	171	533	+ 221

¹ Cuadro confeccionado a partir de datos proporcionados por MARCONIS: *Petróleo, la grande confrontation*, Éd. des Hespérides, Toulouse, 1974, pp. 204-205.

En la misma época, se acentuó en todos los países el retroceso de la producción de carbón:

Cuadro 2
Evolución de la producción de carbón en Europa
(millones de toneladas)

País	1955	1964	1972	Evolución 1955-1964 en %	Evolución 1964-1972 en %
Alemania	148	142	102	-4,0	-28,0
Francia	55	53	30,5	-3,6	-23,5
Bélgica	30	21	10,5	-30,0	-50,0
Países Bajos	12	11,4	2,5	-5,0	-75,4
Italia	1,1	0,4	-	-3,6	-
Reino Unido	225	196	121	-12,8	-38,2

En menos de diez años, el balance energético de la Europa de los nueve se modificó por completo:

Cuadro 3
Evolución del balance energético en la CEE

Productos energéticos	1960 en %	1970 en %
Carbón y lignito	68,4	31,4
Petróleo	27,6	57,7
Gas natural	1,9	7,6
Electricidad primaria (hidráulica y nuclear)	2,1	3,3

En vísperas de la crisis del petróleo de 1973-1974, el consumo de energía de los países de la CEE se basaba en un 60% por término medio en las importaciones de petróleo (Reino Unido, 46%; Alemania, 45%; Bélgica, 56%; Francia, 62%; Italia, 80%). El 99% de ese petróleo importado procedía de los países árabes de Oriente Medio y del norte de África.

La irresistible ascensión del petróleo en Europa occidental se explica por múltiples factores. En primer lugar, la multiplicidad de usos del petróleo se erigió en uno de los principales motores del crecimiento económico de la década de los sesenta. La sustitución del carbón se vio facilitada también por la estabilidad de los precios nominales (es decir, por la disminución de los precios reales) del petróleo bruto importado en el decenio 1960-1970. Por último, la debilidad relativa de los precios de los hidrocarburos mejoró rápidamente su competitividad, dado que paralelamente surgieron dificultades en la explotación del carbón y de la energía nuclear. Europa

pudo salir aún menos de la “espiral del petróleo” porque no fue posible conseguir una voluntad política real que fuera común a los seis, y después a los nueve Estados miembros, en un sector tan estratégico como la energía.

Si bien se había puesto en práctica la política de independencia energética europea recomendada en el informe titulado *Un objetivo para Europa*, de L. Armand, F. Etzel y F. Giordani, hecho público dos meses después de la firma del Tratado de Roma, algunos expertos consideraban que las importaciones de petróleo bruto por la Europa de los nueve se habrían podido reducir en doscientos millones de toneladas en 1970, limitando al 40% su dependencia energética. Esta incapacidad era el resultado de las disparidades entre los balances energéticos de los Estados miembros y las profundas divergencias entre sus opciones políticas esenciales.

Cuadro 4
Dependencia energética de los Nueve en 1973
(en %)

País	Importaciones netas/Consumo total
Bélgica	50
Dinamarca	20
Alemania	55
Francia	79
Irlanda	81
Italia	84
Luxemburgo	99,6
Países Bajos	3
Reino Unido	50
CEE	63

Estos países tenían distintas sensibilidades hacia la dependencia, según que la balanza comercial resultase estructuralmente excedentaria (Alemania), que se favoreciese la intervención del Estado en materia de petróleo (Francia e Italia) o las opciones liberales (Alemania, Reino Unido, Benelux). Estas diferencias de situaciones, y por lo tanto de sensibilidades, explican que los regímenes de importación, de precios internos y de régimen fiscal de las energías no pudieran ser objeto de armonización: en 1973 los precios, incluidos todos los impuestos, de las gasolinas y del gas natural en unos Estados miembros podían duplicar los vigentes en otros.

La Europa “solitaria” o la Europa “solidaria”

Debido a la importancia del petróleo en el abastecimiento energético de Europa, los acontecimientos de 1973 hicieron necesaria una rápida reorientación de las elecciones tradicionales. Sin embargo, un hecho destacado en la Conferencia de Copenhague, celebrada los días 14 y 15 de diciembre de 1973, puso de manifiesto que,

en periodos de crisis, a pesar de las buenas intenciones y de los deseos irrealizables, las prioridades nacionales prevalecen más que nunca sobre las opciones comunitarias. En consecuencia, se rechazó la propuesta de Francia de institucionalizar las cumbres europeas dedicadas a la energía.

El 30 de enero de 1974, el Consejo de las Comunidades decidió la creación de un Comité de la Energía encargado de informar al Consejo, emitir su opinión sobre las propuestas de la Comisión y preparar balances energéticos exhaustivos por Estados miembros. El Informe Simonet (mayo de 1974) propuso nuevas orientaciones que servirían de base para el Consejo de Ministros del 17 de diciembre de 1974, que fijó el objetivo de reducir la dependencia energética de la CEE en 1985 al 50% y, si era posible, al 40%.

El 16 de enero de 1976, la Comunidad Europea hizo público un informe sobre el cumplimiento de los objetivos de la política comunitaria fijados para 1985. En él, la Comisión señalaba que no parecía posible que las previsiones efectuadas en 1974 permitieran alcanzar el nivel reducido al 40% que se había asignado para 1985 y que un nivel del 50% parecía más realista. Así, se ponía en entredicho el objetivo de independencia por varias razones fundamentales:

- Las nuevas prioridades asignadas a la lucha contra la recesión económica, la inflación y el desempleo.
- Los retrasos en los programas nucleares.
- Cierta desaceleración del ritmo de explotación previsto de los yacimientos petrolíferos del mar del Norte.

Las importaciones de crudo representaban, en 1977, 485 millones de toneladas, es decir, el 50% del consumo bruto de energía y más del 92% del consumo bruto de petróleo. Los principales proveedores de la CEE eran entonces Arabia Saudí e Irán.

Cuadro 5
Exportaciones de petróleo hacia la Comunidad Europea (1977)

País	Volumen de las exportaciones hacia la CEE (millones toneladas)	% de importaciones totales de petróleo de la CEE
Arabia Saudí	148,9	30,7
(Irán)	77,9	16,0
Irak	47,8	9,8
Libia	39,3	8,1
Kuwait	30,3	6,2
(Nigeria)	29,6	6,1
Abu Dhabi	25,3	5,2
(Europa del Este)	21,2	4,6
Argelia	17,3	3,5
Qatar	8,5	1,7
(Noruega)	7,0	1,4
Otros	32,5	6,7
Total	485,6	100,0
Total países árabes	316,2	65,2

Una lectura atenta del cuadro confirma dos elementos importantes: por una parte, el importante volumen de las importaciones de petróleo de la CEE y, por otra, el papel preponderante de los países árabes en el abastecimiento energético de la Comunidad ya que representa, en vísperas de la segunda crisis del petróleo, casi el 65%. Ante esta dependencia, ¿cómo explicar que la cuestión del petróleo no convirtiera en el tema principal del diálogo entre europeos y árabes? La exclusión de la cuestión del petróleo de los debates de las comisiones euro-árabes (reunidas en Abu Dhabi en 1975, en Luxemburgo en 1976 y en Túnez en 1978) se explica por:

- La oposición de Estados Unidos a todo diálogo de los Nueve con los países árabes. Se pueden mencionar dos ejemplos: la convocatoria por Richard Nixon de la Conferencia de Washington de febrero de 1974 y la creación de la Agencia Internacional de la Energía (noviembre de 1974) que, según la idea de Estados Unidos, debía permitir la "atlantización" no sólo de la política energética, sino también de los programas de investigación, sobre todo los nucleares, del "mundo libre". Paradójicamente, los europeos no comprendieron que es mejor buscar un acuerdo global directo con los productores.
- La falta de cohesión de las posiciones de la Comunidad acerca de las cuestiones energéticas. Ante un hecho sin precedentes, la cuadruplicación de los precios del petróleo, Europa reaccionó de forma dispersa, incluso discordante. Las diferencias entre las situaciones de cada uno de los socios desde el punto de vista de la dependencia energética, las disparidades en las tasas de crecimiento económico y los reflejos nacionalistas revelaban la ausencia de una política petrolera y energética común.
- El fortalecimiento de las multinacionales del petróleo en su papel de intermediarios entre los países productores y los países exportadores.

¿Quiere esto decir que a los europeos no les preocupaba lo más mínimo la seguridad de sus abastecimientos? Desde luego que no. Ya en el otoño de 1972, se podía leer en un informe de la Comisión Europea: "La situación actual y la evolución alcanzada plantean en esencia la cuestión de la seguridad del abastecimiento, es decir, la regularidad de las corrientes de suministro. Éstas se encuentran, en el futuro más que hasta la fecha, bajo la amenaza de interrupciones más o menos generalizadas, sin que se excluya sin embargo la ruptura local; la situación dependerá de la actitud de los países exportadores". Para precaverse contra toda eventualidad de interrupción de los abastecimientos, se tomaron algunas medidas:

- La constitución de reservas suficientes para cubrir el consumo nacional durante un tiempo limitado.
- La diversificación geográfica de las fuentes de abastecimiento, acompañada a veces de una diversificación económica y política en la medida en que los proveedores extranjeros pertenecían a sistemas políticos y económicos diferentes.
- La cooperación con las compañías petroleras multinacionales que controlan las grandes fuentes de abastecimiento mediante, como sugiere una nota de la Comisión de 14 de febrero de 1966, "consultas recíprocas y regulares con las

compañías petroleras y con los Gobiernos de los países terceros que ocupan una posición clave, es decir, EE UU y el Reino Unido”.

Europa planteaba el problema de la seguridad de los suministros en los términos anticuados de acumulación de existencias, diversificación geográfica y cooperación con las compañías petroleras. Pero para Europa, toda esta cuestión “depende de la actitud de los países exportadores”. Esta forma de plantear el problema era no sólo errónea sino también peligrosa: postulaba que el petróleo se daba en abundancia y que Europa podía continuar despilfarrándolo, y que todo dependía de la buena voluntad de los países exportadores y de su apertura, como si esos Estados no estuvieran a su vez acosados por problemas apremiantes que requerían acciones enérgicas y novedosas.

Si se examina el problema desde el punto de vista de los países árabes exportadores de petróleo, se observan los siguientes elementos:

- Si se excluyen las medidas selectivas de embargo, justificadas por razones políticas y muy limitadas en el tiempo, todos los países árabes están interesados en vender petróleo. Ninguno de los países árabes que procedieron a la nacionalización total o parcial de las actividades de producción en su territorio pensó en interrumpir sus exportaciones, dado que éstas pasaron a manos de compañías nacionales de esos países. La preocupación primordial es asegurar la comercialización del petróleo nacionalizado y desarrollar sus intercambios económicos con los países consumidores.
- Pero a los árabes, como a todos los productores de un suelo generador de renta, les preocupaba la vida útil de sus yacimientos que, por el momento, son la única fuente de riqueza y, quizá, el único motor de su desarrollo. En consecuencia, intentarían algo muy normal: valorizar los yacimientos y aumentar los precios del petróleo.
- De acuerdo con el mismo razonamiento, los países árabes deseaban producir únicamente la cantidad que, dado el precio del petróleo, fuera necesaria para financiar sus proyectos de desarrollo. ¿Por qué acumular excedentes en las economías que, en la situación actual, sufren verdaderas incapacidades de absorción o de gasto?

Sin embargo, la mayoría de los países árabes productores de petróleo producían mucho más de lo que exigen sus planes de desarrollo. Además, en el conjunto de los países de la OPEP, casi el 43,6% (1977) de su producción no estaba justificado por la necesidad de financiar su “desarrollo”. Esto era cierto sobre todo en el caso de los países miembros del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG). Así, en vísperas de la segunda crisis del petróleo, Europa y el mundo árabe se encontraban atenazados por problemas que exigen respuestas claras y lúcidas. Por una parte, Europa deseaba asegurarse un abastecimiento regular y suficiente para mantener un crecimiento moderado. Por otra, el mundo árabe, consciente de la oportunidad histórica que representa disponer de un respiro de veinte o treinta años para asegurar el “despegue económico”, intentaba valorizar su subsuelo y aumentar los precios del petróleo para preparar el periodo “después del petróleo”.

Se trata de dos objetivos contradictorios pero sólo en apariencia, pues en realidad no habrá seguridad de abastecimiento sin un precio "económicamente" justo del petróleo. Árabes y europeos habrían podido ponerse de acuerdo para encontrar áreas de consenso y de acción. El diálogo oficial ofrecía un marco adecuado en el que hubieran podido considerar varias acciones:

- Un control más estricto de las actividades de las multinacionales petroleras.
- Liberalización del mercado del petróleo e introducción de principios de buena conducta para los operadores en el mercado.
- Una valorización conjunta de las potencialidades energéticas, sobre todo las enormes reservas de petróleo y de gas de los países de la OPEP, de los países árabes y los demás países en desarrollo.
- Un mejor funcionamiento del mercado internacional del petróleo para evitar, en la medida de lo posible, los movimientos especulativos en gran medida inherentes al mercado de materias primas.
- Una concertación sobre una política de precios que salvaguarde los intereses vitales de las dos partes.
- Una política de reciclado de los excedentes petroleros en beneficio de los países árabes no productores de petróleo.
- La creación de un banco euro-árabe destinado a financiar proyectos y programas de cooperación regional.

No escaseaban, pues, las áreas de cooperación que habrían podido brindar a europeos y árabes múltiples ocasiones de aunar sus esfuerzos, no sólo para gestionar mejor la escasez sino también, sobre todo, para tratar de salir de ella. Es cierto que tuvieron lugar contactos entre la Comisión de las Comunidades Europeas y la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (OPAEP). Pero estos contactos se inscribieron fuera del marco del diálogo euro-árabe.

No existió, pues, un gran diseño político que tal vez hubiera podido ahorrar a todos los consumidores la segunda crisis del petróleo, en 1979. No se entendió, en ninguno de los dos bandos, que la energía podía convertirse en uno de los ejes principales de un nuevo orden intercomunitario euro-árabe y que era una cuestión demasiado importante para resolverla en un marco estatal estrecho (acuerdos bilaterales) o dejar que se enredase en negociaciones internacionales (diálogo Norte-Sur, Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional, CCEI, París, diciembre de 1975 a junio de 1977) cuya lentitud e ineficacia son conocidas.

Los árabes y los europeos pudieron abordar, en el marco de los trabajos de la Comisión para la Industrialización del diálogo euro-árabe, los problemas de la industria del refinado del petróleo. Pero cuando Europa se ocupó de verdad de la cuestión de la energía, fue sobre todo en el seno de la Agencia Internacional de la Energía y en cumbres como la de Tokio en junio de 1979 o la de Venecia en junio de 1980.

La década de los ochenta

Siete años después de la primera crisis del petróleo, el grado de dependencia energética de la Europa de los diez había descendido del 64,3% (1973) al 54,3% (1980).

Cuadro 6
Grado de dependencia energética (*)
de los países europeos, Estados Unidos y Japón

País	1973	1980
Bélgica	88,0	85,7
Dinamarca	99,6	98,6
RFA	56,5	57,5
Francia	79,6	79,1
Grecia	-	84,1
Irlanda	84,4	76,8
Italia	84,3	87,3
Luxemburgo	99,6	99,5
Países Bajos	22,0	7,2
Reino Unido	53,1	6,3
Europa 10	64,3	54,3
EE UU	16,7	16,7
Japón	95,5	85,9

(*) Definido por la relación: importaciones netas en % del consumo interior bruto + reservas.

Fuente: Documentación Europea, *La Communauté européenne et le problème de l'énergie*, Luxemburgo, 1983, p. 18.

Entre 1980 y 1986, Europa, como todos los consumidores, debió hacer frente a dos crisis de efectos dispares. La conmoción provocada por la crisis iraní hizo subir los precios hasta niveles inéditos y la contra-crisis de 1985 los hizo caer hasta niveles inquietantes. En esa fecha (1985), la proporción de petróleo en el consumo final de la CEE ya sólo era del 53%. Este año señaló, indiscutiblemente, el comienzo de una ruptura de los Estados europeos en sus esfuerzos por dominar la energía, a pesar de la reafirmación de los objetivos comunitarios en la perspectiva de 1995:

- Limitación al 40% de la parte del petróleo en el balance energético y al 33% la del petróleo importado.
- Reducción de la intensidad energética en un 20% entre 1986 y 1995.
- Mantenimiento de la cuota del gas natural (20%, aproximadamente).
- Incremento de la cuota de los combustibles sólidos (22%) por las importaciones.
- Limitación al 15% de la cuota de los hidrocarburos en la producción eléctrica.
- Aumento de la contribución de las energías renovables.

La ruptura adopta sobre todo la forma de una disminución drástica de las ayudas financieras directas a las inversiones de economías o de sustituciones energéticas. La

observación de los consumos en la CEE entre 1986 y 1989 indica que Europa está de nuevo en una fase de crecimiento estructuralmente *energívoro*, sobre todo en el sector de los transportes. La recuperación económica que se registró en este periodo favoreció un crecimiento neto de los ingresos y del consumo privado de las unidades familiares y propició una verdadera explosión del transporte de personas y mercancías.

No todos los países de la CEE se vieron afectados en la misma medida por el hundimiento de los precios del crudo a principios de 1986. La disponibilidad de recursos energéticos nacionales, la estructura de la producción energética y el sistema fiscal ahondaron diferencias sensibles entre los países miembros. Pero, en conjunto, el balance revela de nuevo el papel dominante del petróleo.

En 1990, la CEE seguía siendo el mayor importador mundial de petróleo, con casi ocho millones de barriles al día, que satisfacían casi el 80% de su consumo. Las importaciones comunitarias llegaron a 387,72 millones de toneladas, con un aumento del 2,6% con respecto a 1989. En cuanto a la procedencia del importado, hay importantes modificaciones debidas a la crisis que se desencadenó en el Golfo Pérsico en el segundo semestre de 1990. Las exportaciones de la OPEP hacia la Comunidad aumentaron en un 35%, lo que representa un 62% del total de las importaciones extracomunitarias. Se produjo una regresión muy sensible de las importaciones de Irak y de Kuwait (-30,6% y -33,8%, respectivamente). Sin embargo, las entregas procedentes de los Emiratos Árabes Unidos (EAU), de Arabia Saudí y de Libia aumentaron de forma considerable (+16,4%, +6,6% y +21,2%, respectivamente).

¿Están en peligro de nuevo las políticas de control del consumo de energía y, más concretamente de petróleo? No es seguro. Como subraya Bernard Chateau, "el aumento de las preocupaciones medioambientales, sobre todo las relacionadas con el efecto invernadero, corren el riesgo de tener, sobre las tecnologías, los comportamientos y las incitaciones relacionadas con el dominio de la energía, efectos semejantes a los de una fuerte recuperación de la subida de los precios de las energías".

La parte del león

La proporción del petróleo bruto árabe en las importaciones totales de la CEE evolucionó en forma de dientes de sierra desde 1980, pasando del 77,4% en 1981 al 43,7% en 1984, al 42,5% en 1987, al 51,7% en 1989 y de nuevo al 43,2% en 1990. La proporción de los productos petroleros árabes en el total de las importaciones de la CEE de esos productos permaneció relativamente estable, con una ligera tendencia a la baja. Representaba el 20,2% en 1986 y el 18,4% en 1990, como muestra el cuadro siguiente:

Cuadro 7
Las importaciones de la CEE
(en millones de toneladas)

	Importaciones totales	Energía	Petróleo crudo	Productos derivados del petróleo
1990				
Mundo	1.816,6	824,7	405,7	192,8
Extra-CEE	1.093,4	612,7	359,7	106,9
Países árabes	260,7	224,8	175,1	35,5
CCG	81,6	79,2	65,7	13,4
% países árabes	14,4	27,3	43,2	18,4
Total CEE				
1989				
Mundo	1.746,2	781,0	338,5	185,2
Extra-CEE	1.051,2	588,7	345,2	104,5
Países árabes	261,0	224,8	175,1	36,3
CCG	82,8	80,6	66,6	13,9
% países árabes	14,9	28,8	51,7	19,6
Total CEE				
1988				
Mundo	1.657,4	746,5	371,1	180,5
Extra-CEE	1.013,2	542,0	318,0	102,5
Países árabes	240,7	206,9	155,9	38,9
CCG	72,5	70,7	56,0	14,5
% países árabes	14,5	27,7	42,0	21,6
Total CEE				
1987				
Mundo	1.614,2	764,8	380,2	191,9
Extra CEE	975,2	537,0	313,5	108,5
Países árabes	247,7	213,4	161,5	41,2
CCG	82,0	79,7	62,6	17,0
% países árabes	15,3	27,9	42,5	21,5
Total CEE				
1986				
Mundo	1.578,5	765,1	377,8	192,3
Extra-CEE	951,7	534,3	316,1	103,4
Países árabes	253,1	220,8	173,9	38,8
CCG	102,5	271,0	83,7	16,7
% países árabes	16,0	28,9	46,0	20,2
Total CEE				

Si se examinan los intercambios petroleros (petróleo bruto y productos derivados del petróleo) sólo en términos de volumen y con independencia de sus precios, se comprueba que las exportaciones de petróleo bruto y de productos derivados del petróleo procedentes de los países árabes suponen, desde la segunda mitad de la década de 1980, entre el 42 y el 52% de las importaciones netas de la CEE.

Pero la evolución del volumen de los intercambios petroleros euro-árabes es engañosa. Si se examina el valor de estos intercambios la imagen es totalmente distinta. De un valor total estimado en 80.000 millones de dólares en 1980 en moneda corriente, las exportaciones de petróleo hacia la CEE descendieron a 31.000 millones en 1985 y a sólo 28.000 millones en 1987. En 1990, el valor de los intercambios petroleros (petróleo y productos derivados del petróleo) euro-árabes sólo era de 27.600 millones de dólares. En valor real, si se tienen en cuenta la inflación, la depreciación del dólar y la bajada nominal de los precios del petróleo, la situación sería aún más alarmante.

Cuadro 8
Importaciones de la CEE
(en miles de millones de Ecus)

	Total importaciones	Total energía	Petróleo bruto	Productos petroleros
1990				
Mundo	1.127,5	98,8	52,2	28,4
Extra-CEE	461,4	69,9	45,9	14,1
Países árabes	39,1	29,3	22,6	5,0
CCG	11,8	10,0	8,1	1,8
% países árabes	3,5	29,7	643,3	17,6
Total CEE				
1988				
Mundo	799,3	92,8	44,2	29,6
Extra CEE	336,8	60,0	36,4	13,3
Países árabes	33,4	26,6	20,1	5,1
CCG	12,4	11,2	9,0	2,1
% países árabes	4,2	28,7	45,5	19,0
Total CEE	69,1	34,7	19,6	
1986				
Mundo	929,4	47,3	29,6	9,8
Extra-CEE	387,5	20,0	14,9	3,9
Países árabes	28,4	6,7	5,2	1,4
CCG	8,7	28,9	42,9	19,9
% países árabes	3,1			
Total CEE				

Fuente: Estadísticas CEE.

La disminución de los intercambios en valor nominal y real repercute en el valor de las exportaciones de la CEE hacia los países árabes, lo que a su vez propicia una disminución de la cuota de los países árabes en el total del comercio exterior de la CEE.

Los años noventa

El comienzo de la década se caracteriza por la depresión del mercado del petróleo. La situación se vuelve tan insostenible que la Conferencia de la OPEP, celebrada en Ginebra los días 26-27 de julio de 1990, decidió elevar el precio de referencia de 18 a 21 dólares el barril y fijar el techo de la producción en 22,4 millones de barriles al día para el segundo semestre de 1990. Este nuevo acuerdo señala el fin de un periodo caracterizado por las luchas intestinas entre los grandes productores. A finales de julio de 1990, el clima es más bien optimista. Pero no se contaba con las "turbulencias del Golfo".

Petróleo y crisis kuwaití (2 de agosto de 1990)

La ocupación de Kuwait por el ejército iraquí el 2 de agosto de 1990 produjo el efecto de un trueno en un cielo despejado. Desde el punto de vista del petróleo, la crisis del Golfo Pérsico supuso la interrupción de las entregas de Irak y de Kuwait, 4,4 millones de barriles al día, es decir, el equivalente al 8% del consumo mundial excluyendo a los países del Este, y se tradujo en una subida tan espectacular como especulativa de las cotizaciones, de 18 dólares el barril en julio a 40 dólares a comienzos de octubre, antes de volver a caer a 25 dólares en diciembre de 1990. Esta nueva estabilización de las cotizaciones se explica por varios factores:

- La reducción de las existencias decidida por la Agencia Internacional de la Energía fue un instrumento eficaz, aunque de alcance limitado.
- Los países productores que, como Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos, Irán y Venezuela, disponían de excedentes de capacidad de producción, se comprometieron rápidamente a utilizarlos para subsanar el déficit de abastecimiento creado por la decisión de embargo de la ONU del 6 de agosto de 1990. En el plazo de cuatro meses, la producción de Arabia Saudí pasó a ser de 8,5 millones de barriles al día.

En ningún momento de la crisis del Golfo Pérsico se pudo hablar de escasez de crudo. Sin embargo, los crudos que faltaban eran más ligeros que los crudos disponibles como compensación, lo que supone un ligero déficit de crudos ligeros en el suministro de las refinerías. La subida de los precios del petróleo es un breve intermedio pero, combinada con el coste de la guerra del Golfo, amplifica la degradación de la situación económica mundial.

Entre febrero y diciembre de 1991, los precios del petróleo permanecieron estables, en torno a veinte dólares el barril según las categorías de crudo, en niveles cercanos a los anteriores a la crisis del Golfo. En 1992 se registró una bajada de los pre-

cios con una “cesta OPEP” de 18,41 dólares el barril (frente a 18,66 dólares en 1991). La reducción fue provocada esencialmente por la superación de las cuotas en al menos un millón de barriles por término medio, con una producción media de 24,5 millones de barriles al día. Además, la victoria de Bill Clinton acentuó la tendencia a la baja, pues algunos operadores vieron en esta elección la posibilidad de que Irak reanudase con mayor rapidez sus exportaciones de petróleo. En la primera semana de enero de 1993, el precio de la cesta OPEP descendió por debajo de la barrera de 17 dólares, situándose en 16,97 el barril.

La “cuarta crisis del petróleo” (1999-2000)

El hecho de que la crisis y la guerra del Golfo no provocasen ni escasez en los abastecimientos de petróleo mundiales ni una subida duradera de los precios refuerza la opinión general que prevalecía antes de la invasión de Kuwait según la cual el mundo puede vivir, durante mucho tiempo todavía, con unos precios energéticos bajos.

Hasta 1995, los precios del petróleo oscilaron entre 14 y 20 dólares el barril; el punto máximo se alcanzó a mediados de 1996. Los miembros de la OPEP decidieron, a finales de 1997, elevar de nuevo su techo de producción. La decisión debía frenar el ascenso de los precios, pero se tomó en mal momento: la crisis asiática y un invierno especialmente benigno deprimieron la demanda. Para los países productores, fue el descenso a los infiernos: el precio del barril cayó a casi 10 dólares en 1998. Las economías de los países productores sufrieron el hundimiento de los precios y los ingresos y, por lo tanto, de las tasas de crecimiento. En 1998, la tasa de crecimiento del PIB apenas llegó a un modesto 1%, como en Kuwait, o era negativa, como en el caso de Arabia Saudí y de los Emiratos Árabes Unidos. Sólo Qatar logra salir del apuro, registrando un crecimiento positivo del 4,4%, gracias en parte a sus exportaciones de gas natural.

La reacción de la OPEP adopta la forma de una reducción de la producción en marzo de 1999. Noruega y México, países no miembros, secundan la decisión. Los precios se disparan: en un año y medio, pasan de 12 dólares el barril a 36 dólares (el 19 de septiembre de 2000). Es lo que algunos han llamado impropiaamente la “cuarta crisis del petróleo”.

Cuadro 9
Oferta y demanda de petróleo
 (en millones de barriles/día)

	1996	1997	1998	1999	2000 (p)
Demanda mundial	71,8	73,7	74,2	75,5	77,3
América del Norte	22,2	22,7	23,8	23,8	24,2
Europa	14,9	15,0	15,3	15,2	15,4
Pacífico	8,8	9,0	8,4	8,7	8,9
Total OCDE	45,9	46,7	46,9	47,6	48,5
Ex URSS	4,	4,3	4,1	4,0	4,0
China	3,7	4,1	4,2	4,4	4,5
Resto de Asia	6,4	6,7	6,8	7,1	7,5
América Latina	4,5	4,6	4,8	4,9	5,0
Oriente Medio	4,0	4,2	4,3	4,3	4,4
África	2,2	2,3	2,4	2,4	2,5
Total no OCDE	25,9	27,0	27,3	27,9	28,8
Oferta mundial	72,1	74,4	75,5	74,0	-
América del Norte	14,3	14,6	14,5	13,9	14,0
Europa	6,7	6,7	6,7	6,8	7,1
Pacífico	0,7	0,7	0,7	0,7	0,8
Total OCDE	21,7	22,1	21,9	21,3	21,9
Ex URSS	7,1	7,2	7,3	7,5	7,6
Europa	0,2	0,2	0,2	0,2	0,2
China	3,1	3,2	3,2	3,2	3,2
Resto de Asia	2,1	2,2	2,2	2,2	2,2
América Latina	3,3	3,4	3,7	3,8	3,9
África	2,6	2,7	2,7	2,8	2,9
Total no OPEP (incluida OCDE)	43,7	44,5	44,7	44,6	45,4
Total OPEP	28,4	29,9	30,8	29,4	-
(crudo)	25,8	27,2	28,0	26,6	-
Total reservas	0,0	0,3	0,3	-	-

Fuente: OIE.

¿"Cuarta crisis del petróleo" (2000) o simple alerta?

Las manifestaciones de los transportistas europeos contra la subida de los precios de los carburantes suelen impulsar a los medios de comunicación a centrar su atención en la actualidad inmediata y a ignorar las tendencias profundas que afectan al mercado del petróleo a largo plazo. El mercado internacional del petróleo está dominado por cuatro actores principales: los países consumidores, las compañías petroleras, los países productores y los *traders*. Estos actores se disputan una renta que es la diferencia entre el precio real de producción y el precio final. Las crisis revelan que el petróleo es una materia prima agotable y no renovable y que su precio aumenta cuando la demanda tiende a crecer de manera excesiva en relación con una oferta limitada.

El alza súbita de los precios a partir de junio de 1999 se inscribía en el orden normal de las cosas. Teniendo en cuenta la disminución de la oferta (exclusión de Irak, deterioro de los equipos del sector petrolero en Rusia, agotamiento de los recursos en ciertas regiones, falta de inversiones para incrementar las capacidades de producción) y el incremento de la demanda (necesidad de reflotar las reservas industriales en los países de la OCDE, tasas elevadas de crecimiento económico, especialmente *energívoras*, ruptura con las otras fuentes alternativas de energía, fin de la crisis asiática), era inevitable la subida del precio del petróleo.

Pero a diferencia del tratamiento mediático de las crisis de 1973 y de 1979, en las que se intentó demonizar a los árabes y a los iraníes y utilizarlos como chivos expiatorios, en esta ocasión la opinión pública apuntó con su dedo reprobador a las compañías petroleras, a los *traders* y, sobre todo, a los Estados consumidores. No se puede considerar a la OPEP responsable de este súbito aumento de los precios. Es cierto que los trece países que la componen tienen el mayor interés en almacenar ingresos cuantiosos para enjugar sus deudas, equilibrar sus presupuestos o simplemente para "llegar a fin de mes", pero en general la OPEP no influye en exceso en los precios, que se determinan de acuerdo con la oferta y la demanda. Además, si la OPEP fuera una organización eficaz, habría debido impedir la caída de los precios del crudo hasta diez dólares en marzo de 1999 (que arruinó muchas economías, como la de Argelia). Incluso su decisión de aumentar la producción en 800.000 barriles al día, a comienzos de septiembre de 2000, para hacer bajar los precios, sólo surtió el efecto contrario, hasta el punto de que los operadores saben que el margen de maniobra de la OPEP sigue siendo limitado y que sólo los países del Golfo Pérsico disponen de capacidades de producción excedentarias.

Cuadro 10
Las nuevas cuotas de la OPEP a partir del 1 de octubre de 2000
 (en millones de barriles/día)

	Julio	Octubre	Variación en %
Argelia	0,811	0,8366	+0,0256
Arabia Saudí	8,523	8,5122	+0,2592
Emiratos Árabes Unidos	2,219	2,2894	+0,0704
Indonesia	1,317	1,3586	+0,0416
Irán	3,727	3,8438	+0,1168
Kuwait	2,037	2,101	+0,064
Libia	1,361	1,4042	+0,0432
Nigeria	2,091	2,1566	+0,0656
Qatar	0,658	0,6788	+0,0208
Venezuela	2,926	3,0188	+0,0928
Total	25,400	26,200	+0,8

Fuente: *L'Echo*, 12 de septiembre de 2000.

La OPEP dispone de una posición preponderante ya que contribuye en un 40% a la producción mundial de petróleo y puede actuar sobre los precios tanto al alza como a la baja, cerrando las compuertas o abriéndolas. Pero se ha visto un fenómeno de amplificación de las alzas, sobre todo del precio de los carburantes y del fuel-oil para calefacción, que ha sacado a la luz las estrategias de los otros actores.

En primer lugar, los Estados consumidores. La descomposición de los precios de los productos petroleros en todos los países europeos ha permitido descubrir la extrema voracidad del fisco de los países consumidores. La hacienda pública se apropia, según los países, de entre el 60% y el 80% del precio de venta al público, al contrario que en Estados Unidos, donde el precio de la gasolina sin plomo se elevaba en 1999 a aproximadamente 0,35 euros y los impuestos apenas representaban la cuarta parte, es decir, 0,087 euros. No se trata de juzgar la pertinencia de la fiscalidad europea sobre los productos derivados del petróleo, que muchos justifican por la necesidad de proteger el medio ambiente y de invertir en energías alternativas. Pero es obligado señalar que, si el petróleo procura una renta de situación, es ante todo a los Estados consumidores. Si se hubiera repercutido la totalidad de la subida del crudo en el fuel-oil para calefacción, por ejemplo en Bélgica, el incremento habría debido ser del orden de 0,062 a 0,074 euros, mientras que en la realidad los precios aumentaron 0,3 euros en un año.

En este punto interviene el tercer actor: las compañías petroleras. Su vocación es ganar dinero y, desde hace algún tiempo, ganan mucho, pues a menudo se trata de compañías multinacionales integradas, presentes en todas las fases de la industria petrolera, desde los pozos hasta las estaciones de servicio. Es difícil reprocharles que

almacenen grandes ingresos, pero lo cierto es que no regalan nada a nadie y tampoco a los consumidores.

El cuarto actor es el *trader*. Sobre todo desde la década de los ochenta, se ha asistido al desarrollo de mercados a término para el petróleo, como para todos los bienes: están formados por operadores que compran y revenden sin tener la intención de ser ellos mismos quienes materialicen realmente las transacciones. Es en cierto modo el petróleo-papel lo que se intercambia, sobre todo en el International Petroleum Exchange (IPE) de Londres. Los especialistas calculan que, de cada cien operaciones en el IPE, sólo dos son ejecutadas en términos físicos; las 98 restantes son operaciones-papel (*Le Matin*, 18 de septiembre de 2000).

Esta especulación petrolera permite a un puñado de operadores intercambiar en numerosas ocasiones los mismos lotes y realizar beneficios nada desdeñables. El presidente de la OPEP, Alí Rodríguez, calculaba en septiembre de 2000 que la parte de los *traders* en el precio del petróleo, que había alcanzado un máximo de 37 dólares el barril, representaba ocho dólares (*The Financial Times*, 28 de septiembre de 2000). Sin embargo, debe evitarse el alarmismo: el petróleo en el año 2000 es más barato que en 1980. La incidencia de la subida de los precios del petróleo en el crecimiento y en la inflación será limitado. Es cierto que el precio del crudo, en septiembre de 2000, se había triplicado con creces en relación con su precio de marzo de 1999. Pero éste era anormalmente bajo. Además, es más adecuado no fijarse en los precios nominales sino en los reales. Utilizando los precios de exportación de los países industriales, en términos reales el petróleo es hoy un 40% más barato que en 1980 y que, para alcanzar los niveles de 1980, debería superar los cincuenta dólares (*El País*, 18 de septiembre de 2000).

Por lo que se refiere a los países productores, la subida de los precios representa una bocanada de oxígeno. Un barril a diez dólares no era soportable para nadie, ni para los países consumidores, donde el exceso de consumo energético comenzaba a ser un serio motivo de preocupación (contaminación del aire, saturación de las ciudades, efecto invernadero) ni para los países productores, algunos de los cuales estaban al borde de la bancarrota.

La bonanza producida a partir de 1999 ha sido acogida con alivio por todos los países productores de petróleo (incluidos Noruega y Rusia). En todos los países, y en los árabes en particular, el aumento de los ingresos derivados del petróleo se traduce en la firma de nuevos contratos de infraestructuras, en el transporte, las telecomunicaciones o la electricidad, pero también en la amortización de deudas pendientes y la creación de empleo. Esto es cierto sobre todo en el caso de Argelia, que registró una diferencia positiva de ingresos de 6.700 millones de dólares entre 1998 y 2000. En Arabia Saudí, la diferencia ascendió a un total de 38.300 millones de dólares.

Cuadro 11
Ingresos derivados del petróleo en algunos países árabes
(en miles de millones de dólares)

	1994	1996	1998	2000	Variación 2000/1998
1. Arabia Saudí	41,9	54,8	33,9	72,2	38,3
2. Irak	0,4	0,7	5,6	17,8	12,2
3. EAU	12,6	16,1	10,1	20,4	10,2
4. Kuwait	10,3	13,5	8,1	18,3	10,2
5. Libia	7,1	9,3	5,7	11,7	6,0
6. Argelia	6,4	9,2	5,8	12,5	6,7
Total	78,7	103,6	69,2	152,9	
Comparación					
Irán	13,6	17,6	10,4	22,6	12,2
Nigeria	10,6	15,6	9,0	18,6	9,6
Venezuela	11,2	18,7	9,7	21,8	12,1
Indonesia	4,6	5,4	2,7	5,4	2,7
Total	40,0	57,3	31,8	68,4	

Fuente: *Le Figaro*, 12 de septiembre de 2000.

Conclusión general

Una vez analizada la política energética europea, la evolución de los precios del crudo y de los ingresos, así como la dependencia europea del petróleo y del gas árabes, y cuando se leen los documentos de la Comunidad sobre la política energética común, sorprende la ausencia de relación con los objetivos exteriores de la política comunitaria. En lo que se refiere al mundo árabe, el Acuerdo de Cooperación con el Consejo de Cooperación del Golfo es relativamente reciente (junio de 1988) y sólo se ocupa parcialmente de un enfoque de política energética.

Sin embargo, el precio del petróleo es un parámetro en buena medida externo que desempeña un papel primordial para los demás precios y determina los datos de la competencia entre el petróleo y las otras fuentes de energía. Una Europa de la energía debería tener una política exterior común con respecto a los países productores, sobre todo los árabes, y tener en cuenta las nuevas evoluciones en lo que se refiere al consumo energético global en el mercado comunitario y el papel cada vez más importante de los países árabes como proveedores.

En 1997, la demanda energética final de la UE sumó 930 millones de toneladas de equivalente de petróleo (MTOE), de ellas 430 millones de toneladas de petróleo y 216 MTOE de gas natural. En el año 2000, la demanda global podía calcularse en

960 MTOE, de ellos 450 de petróleo y 235 de gas. En los veinte años siguientes, esta demanda irá incrementándose al menos a razón de un 1% anual, mientras las proporciones de las distintas energías seguirán siendo más o menos iguales (es decir, más o menos el 46% para el petróleo, el 25% para el gas, el 19% para la electricidad y el 10% para las otras energías).

Esta evolución hace que los países árabes aparezcan como actores ineludibles en la escena energética europea en las dos próximas décadas. Primero por la abundancia de sus reservas de petróleo y de gas y después por el papel cada vez más importante que les corresponderá por derecho en su condición de proveedores.

Con unas reservas de petróleo demostradas que se calculan entre 650.000 y 700.000 millones de barriles, los países árabes poseen entre el 62% y el 64% del total mundial, cantidad a la que hay que añadir entre 25,5 y 30 billones de metros cúbicos de gas natural, es decir, casi el 21%-23% de las reservas demostradas. Su cuota en las exportaciones de petróleo en el año 2000 superaría el 40%, es decir, 16 millones de barriles al día. Las exportaciones de gas natural, por su parte, se triplicaron con creces entre 1980 y 2000, pasando del 5,9% al 18%. En el futuro, todo parece indicar que esta progresión continuará a un ritmo sostenido.

Salvo que se hagan descubrimientos importantes, se recurra a tecnologías más competitivas o tenga lugar un desarrollo espectacular de las energías alternativas, Europa dependerá cada vez más del petróleo y del gas árabes en los dos próximos decenios. A pesar de los esfuerzos realizados para mejorar la eficiencia energética, multipolarizar la oferta de energía, invertir en energías alternativas, una cosa seguirá siendo cierta: Europa necesitará al mundo árabe. Ya en 1996, la cuota de Argelia en el suministro de gas a la UE representaba por sí sola el 25% de las necesidades europeas. Con la terminación del gasoducto Argelia-España (a través de Marruecos) y las ramificaciones previstas hacia Portugal y Francia, todo permite presagiar que esta cuota irá en aumento.

Cuadro 12
Gas natural: Producción comercializada, 1998-2000
(en miles de millones de m³)

	1998	1999	2000
América del Norte	704,83	708-114	713-719
- Canadá	169,45	172-175	176-179
- Estados Unidos	535,38	536-539	257-540
América Latina	121,92	131-138	143-150
- Argentina	29,68	32-34	35-37
- México	34,33	36-39	40-42
- Venezuela	28,06	28-30	28-31
Europa	270,05	275-284	283-290
- Noruega	46,20	49-52	53-55
- Países Bajos	79,90	79-81	79-81
- Reino Unido	89,63	93-97	97-100
Europa central	24,88	23-25	23-25
- Rumanía	14,60	13-15	13-15
Ex URSS	687,47	697-707	706-727
- Uzbekistán	54,379	55-57	59-60
- Rusia	589,50	585-590	590-600
- Turkmenistán	13,30	20-27	25-35
África	104,78	110-112	115-116
- Argelia	73,75	76-78	79-80
Oriente Medio	187,19	193-203	204-214
- Abu Dhabi	26,23	27-30	27-30
- Arabia Saudí	46,82	46-49	50-52
- Irán	50,00	51-53	54-56
- Qatar	19,58	23-25	25-28
Asia-Oceanía	242,73	250-256	265-271
- Australia	31,33	32-33	33-35
- Indonesia	63,47	64-67	68-70
- Malasia	40,70	41-44	45-47
Mundo	2.343,85	2.383-2.439	2.452-2.512

Fuente: *Cedigaz*.

Por lo que se refiere al petróleo y a los productos derivados, los países árabes siguen siendo los principales proveedores de la UE, pues cubren más o menos el 45% de las importaciones netas de la Unión. Esta cuota seguirá aumentando en los próximos años. Teniendo en cuenta la abundancia de las reservas y el escaso coste de producción en los países árabes, toda demanda adicional se dirigirá esencialmente a ellos, mientras se espera encontrar sustitutos del petróleo (como combustible, carburante y materia prima), algo que no sucederá pronto. Todo esto es un argumento a favor de una política árabe de Europa: una política basada en una cooperación real para una prosperidad compartida.

Pero todo tiene su vertiente positiva. La brusca subida de los precios del petróleo debe verse como una oportunidad real para que todo el mundo comprenda que el petróleo es una energía perecedera y que los precios anormalmente bajos desincentivan tanto el uso racional de la energía como el desarrollo de tecnologías más eficientes o de energías alternativas. Los europeos deben comprender el interés legítimo de los países árabes y de la OPEP por prolongar la vida útil de sus reservas para financiar la reconversión de sus economías. Así pues, toda política de Europa que aspire a incidir sobre los precios momentáneamente utilizando las reservas energéticas para aumentar la oferta podría resultar no sólo ineficaz, sino pernicioso. Ineficaz porque no tendrá repercusiones duraderas sobre los precios del crudo y pernicioso porque falsea el funcionamiento del mercado.

No debe sorprender que sea Estados Unidos el primer país que ha decidido recurrir a sus reservas estratégicas. Estados Unidos estaba en plena campaña electoral en septiembre de 2000. La decisión del presidente Clinton de autorizar el uso de treinta millones de barriles de la reserva estratégica tenía por objeto apoyar al candidato demócrata, Al Gore. El objetivo económico es más discutible, primero porque toda la reserva estratégica estadounidense sólo representa siete días y medio, 80 millones de toneladas o 571 millones de barriles del consumo mundial estimado, 76 millones de barriles al día. Y después porque será necesario volver a llenar los depósitos, lo que no hace sino posponer el problema y aplazar sus efectos.

Europa podría tener la tentación de seguir la misma política y recurrir a las reservas de Estados miembros, Gobiernos y compañías privadas, calculada en 125 millones de toneladas (es decir, 108 días de consumo). Pero esta perspectiva suscita reacciones opuestas en el seno de la UE. El Reino Unido la considera una interferencia en el mercado. Alemania, donde las reservas son esencialmente privadas, se opone ferozmente.

Es posible que el uso de las reservas logre una bajada momentánea de las cotizaciones, algo que ya ha sucedido, pues el precio del barril ha descendido de 36 dólares a 30. Pero esto no debe ocultar los verdaderos problemas: la saturación de las capacidades de refinado en los países occidentales y el hecho de que los países de la OPEP, salvo Arabia Saudí y algún Emirato árabe, han alcanzado el máximo de sus capacidades de producción. Europa debe hacerse a la idea de que el crecimiento económico mundial va a acentuar la tensión en el mercado del petróleo. En consecuencia, a menos que se produzca una desaceleración económica mundial (algo que nadie desea), el mercado funcionará con reducciones al máximo de las reservas y los precios del petróleo oscilarán en torno a una horquilla de 25 a 30 dólares. Un precio del barril inferior a 20 dólares no hará sino anunciar la próxima crisis energética.

Anexo (2003)

La “benevolente hegemonía” de Estados Unidos tiene olor a petróleo

El 29 de enero de 2003, el presidente Bush exclamaba: “Como nación moral, ejercemos nuestro poder sin voluntad de conquista [...] nos sacrificamos por la libertad de los demás”. No es éste el lugar adecuado para ocuparse del papel de la historia y de los mitos fundadores de la sociedad estadounidense para explicar este “destino manifiesto” (*the manifest destiny*) de encarnar el Bien. Pero no hay que engañarse: detrás de este discurso mesiánico se esconden intereses mucho más prosaicos. La cuestión de Irak ofrece la ilustración más palpable. El discurso oficial estadounidense se articula en torno a tres cuestiones: desarmar a Irak, cambiar el régimen y remodelar el mapa y la naturaleza de la región de Oriente Medio. Es la tesis llamada del círculo virtuoso, cuya falacia y vacuidad han sido demostradas.

En realidad, Estados Unidos no concentra 200.000 soldados ni se dispone a gastar de 50.000 a 100.000 millones de dólares simplemente para enzarzarse en un conflicto con un dictador tiránico, democratizar el mundo árabe y salvaguardar la “libertad de los demás”. Lo hace sobre todo para imponer a la región un orden petrolero favorable y que permita alcanzar otros objetivos.

Para comprender lo que se entiende por “orden petrolero” bajo la dirección de Estados Unidos se deben recordar algunos elementos esenciales. En primer lugar, es cierto que las reservas demostradas de Irak representan 112.000 millones de barriles, es decir, el 11% de las reservas mundiales, lo que sitúa a este país en el segundo puesto mundial después de Arabia Saudí. Pero lo que se dice con menos frecuencia es que esas reservas representan cinco veces las de Estados Unidos, que pueden cubrir las importaciones estadounidenses durante al menos cien años y, sobre todo, que se trata de estimaciones a la baja que no tienen en cuenta el potencial petrolero inexplorado de este país, que contiene, con estimaciones a la baja, al menos el doble de las reservas demostradas. Es un verdadero gigante del petróleo, al lado del cual palidecen Asia Central o el mar Caspio, de los que tanto se habla.

Un segundo elemento excita el apetito de las grandes compañías petroleras: es el coste de producción. Éste se sitúa en más o menos un dólar por barril en Irak, frente a 7-8 dólares en el mar Caspio. Pero el coste puede ascender a 13-17 dólares en el mar del Norte y 16-19 en Estados Unidos (en explotaciones marinas).

El tercer elemento se refiere a las capacidades de producción. También en este caso Irak presenta las mejores perspectivas. Con una producción media de 1,9 millones de barriles al día, Irak podría producir a corto plazo (2 años) de 3 a 3,5 millones barriles al día y en un plazo de 5 a 6 años podría triplicar su producción actual (de 5 a 6 millones de barriles al día). Esto presupone que las instalaciones permanezcan intactas durante una eventual campaña bélica o que los pozos no sean incendiados. Las inversiones necesarias para que la producción iraquí pase de 1,9 millones a 5 o incluso 6 millones de barriles al día se calculan entre 35.000 y 50.000 millones de dólares, pero merece la pena. Como es natural, si los pozos son incendiados, su reparación podría llevar más de un año y el coste adicional podría superar los 10.000 millones de dólares.

El cuarto elemento tiene que ver con la distribución geográfica de las importaciones petrolíferas mundiales de la región de Oriente Medio. Ésta revela sobre todo la extrema dependencia de Japón respecto a esta región, que aporta el 85,9% del crudo importado por este país (frente al 67,9% en 1987), seguido de los países asiáticos (como Corea del Sur), la UE y Estados Unidos.

Otra cuestión guarda relación con la fiscalidad del petróleo. En cifras redondas, un automovilista de la UE paga hoy casi 160 euros por barril de gasolina súper (un barril equivale a 157 litros), de los que casi 30 euros son para los países productores, 100 euros para el fisco de los países consumidores y el resto, es decir, 30 euros, representa los diversos costes así como los beneficios de las compañías. Teniendo en cuenta que la UE consume casi 15 millones de barriles al día (es decir, 600 millones de toneladas al año, de las que 500 millones son importados), los ingresos fiscales oscilarían entre 140.000 y 150.000 millones de euros, es decir, más que el total de ingresos de los países árabes por la venta de petróleo. La fiscalidad no guarda una relación directa con la crisis iraquí, pero demuestra por qué el petróleo, al convertirse en la "gallina de los huevos de oro" de los países consumidores, no será destronado tan pronto por las energías alternativas y constituirá todavía durante mucho tiempo una energía indispensable para el funcionamiento de la economía mundial.

Un último elemento remite a la fijación de los precios del petróleo. Hay que acabar con la ficción que atribuye a la OPEP la capacidad soberana de fijar los precios. De haber dispuesto de esa capacidad, ¿por qué no iba a haber impedido la peligrosa inestabilidad de los mismos (35 dólares en 1979, 10 dólares en 1985, 30 dólares en 1990, 10 dólares en 1998 y 32 dólares en 2003)? La OPEP fija las cuotas para tratar de regular la cotización del crudo. Pero son sobre todo los especuladores de Londres, es decir, los mercados a término, los que deciden en última instancia el precio del crudo.

Es necesario tener presentes todos estos aspectos cuando se examina el aspecto relacionado con el petróleo de la guerra de Estados Unidos contra Irak:

- Desde el punto de vista de Estados Unidos, parece claro que ya no son sostenibles la exclusión del mercado del gran productor iraquí, durante los primeros años del embargo, y su escasa contribución posterior a las exportaciones mundiales (sólo 1,9 millones de barriles al día). El rápido agotamiento de las reservas, unido al crecimiento de las necesidades, incrementa el déficit energético y por ello la tasa de dependencia del petróleo importado. Desde finales de los años noventa, las importaciones netas de petróleo superan la producción interna. De un consumo total de 19,6 millones de barriles al día, Estados Unidos importa diez millones (Energy Information Department). La tasa de dependencia, que es del orden del 55,4%, podría llegar al 60% en el año 2010. Teniendo en cuenta las tendencias semejantes en la UE (que pasará de una tasa de dependencia del 52% en 2000 al 64% en 2010), en Japón (del 85% al 90%) y sobre todo en China (del 35% al 48%), Estados Unidos tendrá que hacer frente a una competencia cada vez más fuerte para asegurar su abastecimiento. A la vista de estas evoluciones, el control de Irak es un elemento esencial de la estrategia llamada de "seguridad energética" de Estados Unidos. Es la continuación lógica de la operación "Libertad duradera", en 2001, que permitió a Estados Unidos abrir Afganistán, auténtico corredor petrole-

- ro, a las compañías estadounidense, y sobre todo de la operación “Tormenta del desierto” de 1991, que permitió a Estados Unidos instalarse de forma duradera en Arabia Saudí, primer productor de petróleo. Además, este país suministra casi el 1,7 millones de barriles al día a Estados Unidos. Pero la compañía saudí, Aramco, vende el petróleo a Estados Unidos con un descuento de un dólar por barril, lo que representa una subvención saudí a los consumidores estadounidenses de casi 620 millones de dólares anuales (Edward Morse y James Richard, “The Battle for Energy Dominance”, en *Foreign Affairs*, marzo-abril de 2002).
- La toma de control de Irak no significa necesariamente que Estados Unidos intente inundar el mercado petrolero y provocar una caída brusca de los precios, pues golpearía de lleno a sus propios productores. La horquilla de precios que consideran razonable se situaría entre 17 y 23 dólares. En realidad, el objetivo es la OPEP como organización. Al quebrantarla, Estados Unidos tendrá ocasión de impulsar la privatización del petróleo de Irak y de otros países del Golfo Pérsico y abrir el camino para la toma de control por mediación de sus compañías. Esta perspectiva de un Irak bajo el protectorado de Estados Unidos explica una de las razones de la oposición de Francia, Alemania, Rusia y China (por no citar más que a estos grandes países) a la guerra “unilateral” de Estados Unidos y el Reino Unido.
 - En el horizonte de 2010-2020, el incremento de las exportaciones del petróleo de Asia Central, el Cáucaso e incluso África, sólo podría en el mejor de los casos compensar el declive esperado de la producción en los otros países no pertenecientes a la OPEP. Sólo Oriente Medio dispone de reservas suficientes para cubrir el aumento previsible de las necesidades mundiales. Desde esta perspectiva, Irak se convierte en una pieza fundamental del tablero del petróleo. El doble pilar energético de Estados Unidos estará constituido por la pareja Irak-Kuwait (20% de las reservas mundiales) y Arabia Saudí (25%). La desavenencia actual entre Estados Unidos y Arabia Saudí no va a durar. A fin de cuentas, sean cuales sean las críticas estadounidenses hacia la monarquía, la *realpolitik* las arrastrará. Ningún régimen que no sea la monarquía saudí actual podría servir mejor a los intereses estadounidenses.
 - La toma de control de Irak, después de Afganistán y Arabia Saudí, y la penetración sistemática de las compañías de Estados Unidos en los países musulmanes de la antigua URSS responden a un solo objetivo: garantizar la seguridad y la diversificación de los suministros energéticos. Éste es el sentido del plan de reactivación energética que se hizo público el 17 de mayo de 2001 y cuya filosofía era proteger el nivel de vida estadounidense. “El nivel de vida americano es una bendición” (Ari Fleischer, citado en *Le Monde*, 19 de mayo de 2001). A la espera de domesticar el hidrógeno y de explotar los inmensos yacimientos de metano almacenados en el fondo de los océanos, Estados Unidos debe “preservar su modo de vida”, aunque sea necesario reducir a un montón de ruinas Bagdad y las demás ciudades de esa cuna de la civilización, bajo la apariencia de remodelar el *statu quo* regional y de democratizar a los árabes. Decididamente, el “eje del bien” y la “benevolente” hegemonía que envuelve el discurso de Estados Unidos huelen a petróleo.

Traducción del francés: Fabián Chueca.